

Estimado director y trabajadores del Museo de la Memoria y de los Derechos Humanos.

Quisiera que estas primeras palabras sean de un profundo agradecimiento a todos los que han podido construir y poner este museo, entre los mejores del país.

No es posible recorrerlo sin emocionarnos profundamente, al entrar en la memoria trágica de nuestro país, que inexorablemente nos remece una y otra vez.

Mientras se mantengan altos grados de impunidad en nuestra sociedad, cada día que pase, la sola idea de que es posible sentarse en el metro o en un cine al lado de un torturador o un autor intelectual de toda esta tragedia vivida, nos debe reforzar la idea y el actuar, de seguir profundizando en la verdad y que podamos alcanzar los grados de justicia que nos permita vivir en una sociedad más sana y libre, principalmente por nuestros hijos y nietos que construyen o construirán el Chile del futuro.

Sin lugar a dudas, este museo ha conformado una síntesis necesaria y profunda, y a contribuido a la labor de construir un Chile más justo e inclusivo. Somos nosotros mismos testigos de aquello. Después de pasar por aquí, sin lugar a dudas, somos mejores personas.

Puedo dar fe también, de numerosos visitantes extranjeros que lo visitan a diario, como parte de las rutas imprescindibles de sus estadías en nuestro país, que comentan emocionados todo lo visto y vivido en este lugar.

Por todo este esfuerzo que ustedes, señor director y los trabajadores de este museo realizan, muchísimas gracias.

Al habernos solicitado escribir o grabar estos testimonios, nos pone un pie forzado para mirar hacia atrás en nuestras vidas. La experiencia de **Memorias de Exilio** que ha buscado dar visibilidad a los testimonios de quienes nos vimos obligados a partir al exilio durante la dictadura, llega en un buen momento. Ya han pasado 40 años del Golpe Militar, y aunque la mirada serena de esos acontecimientos esta lejos aún de producirse, podemos ver el exilio como un episodio de nuestras vidas que tiene distintas y diversas miradas, muchas positivas y sabemos que para otros chilenos, sobre todo mayores que nosotros, también negativas.

Al Golpe de Estado, solo tenía 14 años. Claro está que al haber estudiado el último año del Gobierno del presidente Allende en la Escuela de Artes de Oficios de la Universidad Técnica del Estado y haber pasado la mañana del 11 de Septiembre entre la Casa Central de la UTE y mi Escuela, me hacía casi un "veterano" de esos acontecimientos. Recuerdo haber salido de la Escuela inmediatamente después del 1er intento de los Infantes de Marina de Quinta Normal de tomarla, baleando las puertas. Un vecino y compañero de escuela me rogaba que nos fuéramos a casa. Quizás él me salvo de haber vivido el horror que pude recrear este 11 de Septiembre recién pasado, cuando numerosos estudiantes de la UTE de esa época, nos juntamos en una vigilia toda la noche, en donde por primera vez recordaban lo vivido en esos días hace 40 años. Todos estos años sentía una especie de culpa por no

haber compartido la misma suerte de ellos. Debo confesar que al enterarme de los horrores vividos por mis compañeros, he sentido algo de alivio por no haber estado ahí.

Inmediatamente después del Golpe, a esos cortos años, trabajé en la reconstrucción de la estructura de las Juventudes Comunistas en la zona sur de Santiago. Caí preso a los 15 años en una redada y estuve varios días así, sin que nadie supiera mi paradero, en algún lugar de reclusión cerca del paradero 14 de Vicuña Mackenna, en donde viví golpizas y un simulacro de fusilamiento.

Un año después, fue detenido mi padre por el Comando Conjunto. Tenía casi 60 años de edad. Él era en esos momentos dirigente de la Comisión Nacional Agraria del Partido Comunista. Fue salvajemente torturado y estuvo desaparecido durante casi un mes. Por la insistencia de mi madre que no dejó puerta sin tocar y los abogados de la Vicaría de la Solidaridad, pudieron rescatarlo con vida.

Su liberación un año después y la inminente detención de una nueva dirección del Partido Comunista, le sugirieron que partiera al exilio para salvar su vida.

Ahí comenzó nuestro exilio en París – Francia, era el mes de octubre de 1976.

Para nosotros los más jóvenes, por el contexto narrado previamente, se podrá entender que fue un gran alivio salir al exilio. Pudimos dormir todas las noches sin despertar, caminar por las calles sin temor a ser detenidos, conocer otra sociedad, otra cultura, otro idioma, además de participar en el gran movimiento de Solidaridad con Chile que se gestaba y donde nuestros exiliados trabajaban duro por mantenerlo y hacerlo crecer.

Después de más de un año en París, con dificultades para poder estudiar y trabajar, recibimos con mi hermana un ofrecimiento para estudiar en la Unión Soviética. Para estos dos jóvenes, con padres que habían entregado toda su vida a las causas del pueblo, inmersos toda una vida en una cultura comunista, era como partir al país de los sueños.

Sin duda que este fue un exilio más profundo. Un país en donde todo era seguro, con las condiciones de estudio completamente aseguradas, en donde al terminar los estudios nos daban el pasaje de retorno al país que eligiéramos. Vivimos y estudiamos ahí, sin sobresaltos. Eran solidarios con Chile casi en exceso. Con una cultura basta y diversa, que aprovechamos al máximo, faltaban horas del día para poder absorber todo lo que veían nuestros ojos, sin dejar de lado que habitábamos en uno de los países protagonistas de la guerra fría. El contraste de ese país con lo que vivían nuestros amigos y compañeros en Chile era inmenso. Ese contraste ayudaba a alimentar día tras día la necesidad y la obsesión de volver lo más pronto posible a la Patria, a luchar contra la dictadura y reconstruir la **democracia**.

Al terminar los estudios universitarios y titularnos como profesionales, con mi hermana volvíamos a nuestra patria 7 años antes de 1990. Era el 21 de octubre de 1983, 7 años después de salir de Chile al exilio.

Quisiera contextualizar en breves palabras, esta otra historia, la del Retorno al país herido, porque una experiencia no existe sin la otra.

Trabajamos intensamente en múltiples tareas para conquistar la democracia. En esos lugares nos topamos con varios trabajadores de este Museo, especialmente con María Luisa. Volvimos a vivir la otra cara de ese inmenso contraste: la clandestinidad, el temor, la represión, estar preso, la relegación, la lucha, la solidaridad humana, la organización, en fin. Nada hubiese sido lo mismo sin las experiencias anteriores: la lucha temprana contra la dictadura y nuestros exilios.

Solo quiero agregar, que al regreso nunca fuimos más libres que entonces. Creíamos que nada podía detenernos. A pesar que querían someternos a sangre y fuego, siempre anduvimos con la frente en alto. Claro está, que muchos de los nuestros que pensaban y sentían lo mismo quedaron en el camino.

Para terminar, quisiera respetuosamente dejar en su retina y a modo de homenaje en este magnífico lugar, a tres de los nuestros que conocí, retornados del exilio, que volvieron al país con los mismos temores, valentías y sueños de libertad y que a pesar de que ya no están con nosotros, viven y vivirán por siempre en nuestro recuerdo:

Ana Alicia Delgado Tapia, ingeniero agrónomo retornada de la Unión Soviética asesinada el 2 de julio de 1984, por **Victor Manuel Molina Astete**, alias el "El Choco", perteneciente a la **Brigada Verde de la CNI**.

Rodrigo Rojas De Negri, fotógrafo retornado de Estados Unidos, quemado vivo el 2 de Julio de 1986, por una patrulla militar dirigida por **Pedro Fernández Ditus**.

Julián Peña Maltes, retornado desde París – Francia, ex estudiante de la UTE, detenido y desaparecido el 9 de Septiembre de 1987, por jefe de un comando de la CNI, el teniente coronel (R) de Ejército, **Krantz Bauer Donoso**.

Muchas Gracias.